

ALGUNOS APUNTES

SOBRE EL

ARTE DE ACOMPAÑAR AL PIANO

POR

DON JOSÉ INZENGÁ

MAESTRO DE CANTO DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA, COMENDADOR DE NÚMERO
DE LA REAL ÓRDEN DE ISABEL LA CATÓLICA, CABALLERO DE LA REAL Y DISTINGUIDA ÓRDEN
MILITAR PORTUGUESA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, ETC., ETC.

B: 69/72038

SEGUNDA EDICION.

MADRID

IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO

Calle de Capellanes, núm. 5, principal.

1872.

Ayuntamiento de Madrid

ALGUNOS APUNTES

ARTE DE ACOMPAÑAR AL PIANO

DON JOSE INZUGA

SEGUNDA EDICION.

MADRID

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA DE HISTORIA Y LINGÜA

Calle de Capellana, núm. 6. Madrid.

Madrid 25 de Noviembre de 1870.

Mi querido Marcelo: He leído repetidas veces y con grande interés sus eruditas y elegantes revistas musicales, que revelan al verdadero amante del arte y al hombre inteligente y de sano criterio; y deseando saber su autorizada opinion sobre un pequeño trabajo, que, relativo al arte de acompañar, he escrito en mis ratos desocupados, se lo remito adjunto, para que con entera franqueza me diga si puede ser de alguna utilidad al arte; y si mereceria los honores de la publicidad, en cuyo caso queda V. autorizado para hacer de él el uso que tenga por conveniente, conservándolo como una pequeña prueba de la alta estimacion y sincero afecto que le profesa su buen amigo

JOSÉ INZENGÁ.

Sr. D. JOSÉ INZENGÁ.

Carísimo maestro: Á su tan cortés como expresiva y lisonjera carta, ocúrreseme ante todo contestar con aquellos versos que en *El loco de la guardilla* pone su inspirado autor en boca de Lope de Vega:

«Estimo la cortesía
y la lisonja no estimo,
que una obliga á la hidalguía
y otra fatiga al oído.»

Usted es muy amable para conmigo y juzga con la benevolencia del saber mis pobres y desaliñadas *Revistas musicales*. Ellas, sin embargo, unirán al solo mérito que ántes tenían, de estar escritas con recta imparcialidad é inmejorable buen deseo, el de haber agradado á V., cuya competencia en la materia sobre que versan nadie con justicia podrá poner en duda.

Respecto al precioso trabajo que sobre el arte de acompañar se ha servido V. dedicarme, si en algo estima mi opinion, pues que me la pide, sepa que le considero de gran utilidad para el arte y de provechosa enseñanza para los artistas en general, aficionados y maestros.

Así, pues, con el mayor gusto me apresuro á cederle el lugar que en las columnas de *EL TIEMPO* está dedicado á mis *Crónicas de salones y teatros*, en la seguridad de que con este cambio ganarán mis ilustrados cuanto benévolo lectores, y por él me darán gracias.

Recíbalas V. también y muy expresivas con el testimonio de consideración y cariño de su siempre afectísimo amigo,

MARCELO.

Madrid 26 de Noviembre de 1870.

ALGUNOS APUNTES

SOBRE EL

ARTE DE ACOMPAÑAR AL PIANO.

Es la música, entre todas las bellas artes; la que comprende más variados y diversos ramos; los cuales, ya por sí solos ó ya agrupados en distintas proporciones, responden á la noble mision de impresionar nuestra alma, despertando en ella los más encontrados sentimientos, y haciéndonos experimentar las más diferentes y profundas emociones.

No hay entre todos los instrumentos músicos, conocidos hasta el día, ninguno que aventaje al *piano* en condiciones para suplir fácil y convenientemente á la *orquesta* en el acompañamiento de toda clase de música, así la vocal como la instrumental, llamada de *concierto*.

El piano, por consiguiente, bajo este punto de vista considerado, tiene una gran importancia y merece una muy señalada preferencia de cuantas personas se interesan por la propagacion y adelantos del *divino arte*.

Pero inútil sería, y aún perjudicial á veces, tener un buen piano para acompañar á la voz humana ó á un instru-

mento músico cualquiera, si sus teclas sonoras no fuesen movidas por hábiles manos, impulsadas, guiadas y sostenidas por un acertado estudio, una inteligente práctica y un delicado sentimiento artístico.

En estas tres esenciales cualidades se reasumen las muchas, é importantes todas, que deben adornar á un *pianista* para que pueda con tanta verdad como justicia ser calificado de *maestro* en el difícil arte de acompañar.

Él por sí solo constituye uno de los principales ramos que abraza y forman el arte musical en general, y á su exámen y consideracion concreta y determinadamente se dirigen estos ligeros apuntes que sometemos al imparcial juicio del lector benévolo.

Lo que comunmente se entiende hoy entre nosotros por un *acompañante*, no es otra cosa, por lo general, que un mediano pianista, que conoce un tanto el mecanismo de dicho instrumento, y que tiene más ó ménos facilidad para leer á primera vista, ó bien despues de un ligero ensayo, las piezas musicales que se le presentan.

En prueba de ello observaremos que cuando se trata de organizar algun concierto ó sesion musical, nadie se preocupa de la persona que ha de acompañar al piano; así es que cualquier pianista, tenga ó nó las dotes necesarias para desempeñar bien tan difícil cargo, hallándose presente, es al punto elegido como maestro director de la fiesta. A sus manos se entregan con la mayor confianza instrumentistas y cantantes, sin ocurrírseles siquiera que podrán hallar, en vez de una necesaria proteccion y una defensa legitima, una enemistad implacable y un verdadero suplicio en que se pierdan y perezcan las más brillantes facultades y los más bellos efectos. Este deplorable error, del que desgraciadamente participan artistas y aficionados

en general, es causa, entre otros males, de la poca consideracion que, así en los conciertos públicos, como en los salones particulares, tienen y se les dispensa á los maestros acompañantes.

No son ciertamente muchos los que en España se consagran al estudio de esta rara especialidad del arte, tan apreciada y recompensada en otras naciones; y su limitado número no aumentará seguramente, en tanto una mayor ilustracion en los artistas y una estimacion más señalada hácia los acompañantes, en el público, nos les haga concebir fundadas esperanzas de un no lejano, próspero y halagüeño porvenir. Ampliemos estas observaciones generales, que han de servir de preliminar conveniente y necesario para fijar con acierto los conocimientos indispensables que debe reunir todo pianista para merecer el título de maestro en el difícil arte de acompañar.

Si cualquiera por llamarse pianista, teniendo cierta facilidad de ejecucion y una comprension más ó ménos viva, se estimase con las condiciones necesarias para ser un buen acompañante, no sucederia lo que frecuentemente vemos, y es en el extranjero regla casi constante, que los artistas de mérito, celosos mantenedores de su justa fama, siempre llevan consigo quien los acompañe, rechazando en este concepto todo el que no goza de reputacion en tan importante especialidad. Conocen perfectamente que al acompañante fian su triunfo ó su derrota. Esta es una verdad, que todos los que como nosotros hayan frecuentado los conciertos y academias musicales, reconocen y proclaman como indudable.

Muchos creen que el arte de acompañar consiste solamente en ejecutar con exactitud y precision rigurosa cuanto el autor ha escrito, sin cuidarse para nada del

artista que tuvo la desgracia de ponerse en sus manos. Otros, queriendo brillar á toda costa y no comprendiendo que, al acompañar, su mision debe ser secundaria, hacen alarde de su fuerza muscular, que trasformando el piano en una ruidosa orquesta, ahoga los acentos del pobre cantante, el cual para hacerse oír necesita esforzarse cuanto le permiten sus pulmones, entablándose una feroz y desigual lucha, en la que casi siempre sale vencido. Hay tambien otros, y por desgracia grande es su número, á quienes cuadraria muy bien la denominacion de *acompañantes metrónomos*, infelices esclavos del compás y del ritmo, almas frias que, no comprendiendo los diversos matices del arte del canto, ni las infinitas manifestaciones del sentimiento, pretenden aprisionarle en un círculo de hierro, convirtiéndose en músicos *autómatas* y *asesinos* del efecto.

Si el arte de acompañar se limitara, segun la comun opinion de muchos, á ejecutar con precision la parte que ha de servir de cimiento ó base al cantante, y que por lo general se compone de acordes, arpeggios, frases que doblan el canto sencillamente, ó en terceras, octavas, etc., con otras mil combinaciones que sólo pertenecen al mecanismo del instrumento, podria suponerse con fundamento que todo buen pianista es un excelente acompañante. Pero esto no es así, pues para el arte de acompañar, el conocimiento y dominio del piano sólo constituye una de las muchas circunstancias que ha de reunir quien á él se dedique.

En el estado actual del arte, ningun instrumentista, por superior que sea, debe limitar sus estudios á cuanto haga relacion tan sólo al conocimiento y dominio del instrumento á que se dedique. Es necesario además que adorne su inteligencia con otras enseñanzas, que abriendo nuevo



campo á su genio, le hagan más digno de la pública consideracion.

El pianista que posea los diversos conocimientos que constituyen el arte de acompañar, podrá siempre razonar cuanto ejecute, interpretará fielmente la idea del autor, se identificará con ella, la seguirá gustoso en su desarrollo, y haciendo resaltar las bellezas que encierre, se elevará casi á la altura envidiable del compositor, del creador, que es, á no dudarlo, la categoría más eminente en el arte músico.

Si los cantantes de nuestros dias poseyesen siempre las sanas tradiciones de la antigua escuela italiana, del *bel canto*, que consistian en una pura emision de voz, unida á una perfecta agilidad y pronunciacion, en la observancia estricta de los tiempos, en el mayor ó menor grado de fuerza que ha de darse á cada frase, segun el afecto que exprese, y por último en la aplicacion razonada y lógica de todos los diversos matices y preceptos escolásticos que constituyen la perfeccion del canto, ménos penosa y más fácil seria la mision del acompañante, pues con hallarse éste dotado de una buena organizacion musical y de cierto instinto del canto, y seguir cuidadosamente todas las inflexiones del cantante, cumpliria satisfactoriamente su cometido. Pero siendo hoy, por desgracia, rarísimos los cantantes que reunen las cualidades que acabamos de enumerar, el estudio del acompañamiento va siendo cada vez más difícil é ingrato; pues tiene que doblegarse necesariamente á las exigencias, ó más bien, á la ignorancia de los que, faltos de escuela y de talento, pretenden cautivar al público con ciertos efectos de *relumbron*, que el buen sentido rechaza, y para los que necesitan indispensablemente de la cooperacion del pobre acompañante, á

quien hacen partícipe de su mal gusto y de sus ridículas extravagancias. Penoso es decirlo, mas en la época que alcanzamos, muy pocas son las veces que nos es dado escuchar una pieza de canto tal como el compositor la concibió.

Quién desnaturaliza su carácter, añadiendo á cada paso apunturas y calderones de su invencion, vengan ó nó bien al género que se agregan; quién cambia completamente el tiempo cuando se le antoja, segun su mayor energía y respiracion; quién, al llegar á algunas de las notas de más efecto de su voz, se extasía en ellas haciendo alarde de su resistencia y pulmones, áun cuando lo rechace la estructura del discurso musical, y quién, por último, queriendo á toda costa sacar efecto en cada frase y dar variedad á su canto, apresura unos cuantos compases, retrasa otros, vuelve á apresurar y sigue así toda la pieza, estableciendo una desigualdad horrible, que fatiga al que escucha y concluye con la paciencia del que acompaña.

El célebre *Gretry*, en sus *Ensayos sobre la música*, dejó consignada una verdad que debieran tener presente los cantantes adocenados que se quejan de ser casi siempre mal acompañados. «*Si quereis que os acompañen bien, decia, cantad bien.*» Y con efecto, ¿quién no habrá observado en más de una ocasion el poderoso influjo que instantáneamente ejerce, ya sobre el maestro al piano, ó sobre una orquesta entera, el cantante de verdadero mérito, desde las primeras notas que emite? Desde ese momento todos los que le acompañan, llevados del placer que experimentan al escucharle, procuran desempeñar con el mayor esmero la parte que les está confiada, siguen con interés los diversos matices que dan color á su canto, y

haciendo abstraccion de sí mismos, sólo desean contribuir al feliz resultado que aquel se propone, formando, por decirlo así, un sólido pedestal, sobre el cual se destaca con todas las bellezas de sus líneas la hermosa figura del eminente artista en medio de un público tan inteligente como numeroso, que le prodiga entusiastas plácemes y frenéticos aplausos.



Expuestas y desenvueltas las anteriores consideraciones, pasemos á fijar los conocimientos que, en nuestra opinion, debe reunir el que aspire con justicia al título de maestro acompañante. Este debe ser *buen pianista, excelente lector y armonista*. Necesita además saber *transportar, poseer algunos conocimientos de instrumentacion*, y por último, *estar dotado del instinto del canto*, teniendo las nociones indispensables en él para conocerlo, siquiera sea de una manera general.

— Debe ser *buen pianista*, para no verse jamás embarazado en la ejecucion de pasos rápidos y difíciles que habrá de ejecutar con claridad y precision.

Solamente dominando el piano pueden utilizarse sus múltiples recursos á fin de poder formar con él una pequeña orquesta, unas veces sonora y brillante, otras suave y pastosa, empleándose para ello en el primer caso el pedal llamado *fuerte*, y en el segundo la *sordina*, ó ambos á la vez, segun convenga para imitar, en cuanto sea posible, las notas tenidas de los instrumentos de viento, que tanto dulcifican las modulaciones, y que forman, por decirlo así,

un blando lecho de pluma, sobre el cual se mece la melodía en los andantes de un carácter tranquilo y apacible. Además, como las reducciones al piano de todas las obras que proceden de la orquesta suelen estar hechas en general por personas de poquísima conciencia y no grandes conocimientos, resultando muchas veces que los acompañamientos se hallan plagados de pasos inejecutables, que no pertenecen en manera alguna al mecanismo de dicho instrumento, es necesario que el que acompaña sepa enmendar y suplir tales defectos á primera vista y casi instantáneamente, reemplazando los pasos que en la partitura se hallen encomendados, ya al violin, ya al clarinete ó á la flauta, por otros que, sin alterar su esencia, sean más propios del piano, de mejor efecto y análogos al pensamiento del autor.

En las reducciones al piano de obras modernas suele tambien con frecuencia notarse una aglomeracion de detalles, que si repartidos con inteligencia en la orquesta producen un buen resultado, reunidos y amalgamados en dicho instrumento, sólo causan confusion y dificultades.

El acompañante en este caso está obligado á evitar una y otras, si ha de desempeñar bien su cometido, desechando cuanto crea supérfluo y embarazoso, y conservando todo aquello que estime necesario y conveniente al acertado desempeño ó feliz éxito de la obra.

— Deberá asimismo ser el acompañante un *excelente lector*, para no verse en graves compromisos; pues con frecuencia estará obligado, en el ejercicio de su profesion, á tener que acompañar piezas que ni siquiera haya oido hasta el momento mismo de ejecutarlas ante el público.

Es necesario tambien que sepa *armonía*, sobre todo si tuviese que desempeñar alguna plaza de *accompagnateur*

ó *concertatore* en algun teatro de ópera ó de zarzuela, en los que es costumbre acompañar sobre borradores ó partes de apuntar, que carecen las más veces hasta de bajo, en cuyo caso hay necesidad, no sólo de construir *calamo currente* los acordes que han de servir de base á las melodías, sino adivinar, por decirlo así, los giros armónicos del autor, á fin de ayudar á los que cantan, cuidando de no comprometerlos haciéndoles oír en el acompañamiento notas que puedan alejarlos de la sólida tonalidad que necesariamente ha de tener la pieza que se ejecute.

— Debe el acompañante *saber trasportar* para adaptar á las facultades de los cantantes las piezas que ejecuten. De esto se originan los continuos cambios de tono, que frecuentemente ponen á prueba el talento del que acompaña.

Estos trasportes, teniendo que hacerse algunas veces en la partitura misma, requieren el conocimiento de los diversos instrumentos que la componen, tanto para bajar ó subir una pieza, como para hacer en ella cortes y empalmar con todo el arte posible unos trozos con otros.

Algunas nociones de las reglas más principales del canto, ó más bien un feliz instinto de tan difícil arte, junto con los demás conocimientos que acabamos de enumerar, completan, segun nuestro sentir, la educacion sólida que debe poseer todo buen acompañante.

El instrumentista de concierto puede ser acompañado más fácilmente que el cantante, porque habituado aquel á tener casi siempre por base á la orquesta, se ve precisado á sujetarse á la estricta rigidez del compás; y adquiere la costumbre de interpretar dentro de él todas las ideas del autor, sin que por ella pierdan nada de su colorido y brillantez. Si pretendiese tocar con la libertad y desembarazo que necesita el cantante por sus especiales circunstancias,

siendo distinta la inteligencia de los muchos profesores que componen una orquesta, muy pronto la confusion y el desórden, la horrible desigualdad, se apoderarian por completo de ella, convirtiéndola de agrupacion armónica de todos los elementos musicales, en verdadero órgano de Móstoles.

El cantante, aunque sujeto tambien al compás, tiene que mirar y atender con marcada preferencia, tanto á las exigencias de su voz y á las condiciones esenciales de su aparato vocal, como á la verdad y filosofía del papel que representa, lo cual le obliga á veces á introducir pequeñas modificaciones en el canto que ejecuta, dándole todo el colorido y fuerza de expresion que necesita y requiere para producir sus más bellos efectos.

Fácilmente se comprenderá que esta diversidad de matices y estas continuas modificaciones del compás, tan necesarias en el canto, son para el acompañante dificultades que tiene que vencer en un momento dado, sin estudio ni preparacion alguna anterior.

El que acompaña es al cantante lo que la sombra al cuerpo que la produce. Debe secundar fielmente todos sus movimientos, no abandonándole ni un solo instante, sentir y obrar del mismo modo que él siente y obra, fundiéndose ambos en una misma voluntad y en un mismo deseo.

No olvide nunca el acompañante que debe ser el más decidido protector y el más eficaz apoyo del artista que confia á su inteligencia y á la habilidad de sus manos su crédito y su porvenir.

Suele suceder (y por desgracia con alguna frecuencia) que el cantante, ya por hallarse cansado, ya por sentirse mal de voz, ó por querer exagerar el volúmen de ésta para producir más efecto en el auditorio, empieza á salirse

del tono y á desafinar de un modo horrible, en cuyo caso deberá el que acompaña remediar en el acto semejante defecto, evitando una catástrofe, bien doblando el canto con la mano derecha, ó bien con unos cuantos acordes vigorosamente acentuados, que poco á poco le hagan recuperar la tonalidad perdida.

¡Qué seria de esos mal llamados artistas, y que, por lo general, no son más que infelices *orecchiantes* dotados de bella voz, pero faltos de toda instruccion musical, si una mano hábil no los socorriese oportunamente indicándoles el tono, iniciándoles los tiempos, conteniéndolos si se precipitan, animándolos si decaen, guiándoles por el desconocido camino que emprendieron, y en el cual sin tan eficaz ayuda sólo encontrarían la muerte de sus más dulces esperanzas y de sus más risueñas ilusiones!

El arte de acompañar con perfeccion al piano, exige una educacion musical superior y completa, sin la cual no es posible poseer la suma de conocimientos que hemos señalado como indispensables al acompañante que aspira con justicia al título de maestro. Y creemós no equivocarnos añadiendo, por conclusion, que además de esos conocimientos, necesita el que acompañe una cierta predisposicion, un feliz instinto, que adivine en momentos dados las intenciones del autor, la voluntad y la disposicion del artista; siendo, por decirlo así, una especie de providencia, tan sábia como virtuosa, que haciendo abstraccion de su propia personalidad y oscureciéndose á la vista de todos, se sacrifique gustosa en aras de su ingrata profesion, hallando en el bien que hace su única recompensa.

JOSÉ INZENGÁ.